BUERO, EN TRES MOMENTOS

Antonio Buero. Un muchacho alto, delgado, más bien flaco, más recordado de perfil que de frente—¿vestía de luto?—, entrando de noche por los pasillos de la Universidad de San Bernardo. Pocas luces, apenas animación en lo que por la mañana era bullicio, pasiones, guirigay. Las clases llenas de unos estudiantes distintos, más callados, sin desenvoltura al moverse en el cambio de un aula a otra. El muchacho entraba y comenzaba a explicar una clase. Hablaba de pintura. Miguel y yo—o Enrique y yo—, introductores del nuevo profesor, le oíamos, sin quererlo, desde la tapia que ponía a nuestro lado el andamiaje de la vetusta gradería de asientos y pupitres. Quería llegar a lo hondo de sus discípulos, de oyentes que trataban de borrar de su cabeza varias horas de trabajo para meterse en ellas lecciones: recuerdo un carpintero, un relojero, varios metalúrgicos, uno que vendía plátanos, otros que buscaban trabajo o que no hacían nada. Hablaba de colores contrarios. Y les pintaba con su palabra, tratando de despertar recuerdos involuntarios: "Si hay una tela amarilla, de un amarillo muy fuerte, tendida al sol, y le da un sol fuerte, si nos fijamos en los bordes..."

Pasión. Arte. Y un afán por comunicarlo a los demás.

No muchos años después, pero casi otro tiempo. Un tren, que la memoria no me deja ver de dónde a dónde. Desde luego, en Levante. Encuentro con Buero. Ropas caqui—¿Sanidad?—. La alegría del encuentro. Preguntas, comentarios. Y la vuelta, una y otra vez—ahí la memoria sí que es muy precisa—de un estribillo canturreado por un Buero ya más maduro, más grave, más mirando hacia adentro:

No hay quien pueda,
no hay quien pueda...

Alrededor mujeres de pueblo con cestos, sacos llenando el espacio destinado a pasillos, soldados, gentes que empujaban al subir o bajar en las estaciones. Manos que liaban cigarros con la avidez de no dejar perder una brizna. Frases incoloras, con la vulgaridad de lo diario, pero que dejaban escapar a veces la hondura de la raíz popular o la chispa digna del sainete. Buero miraba a los lados, como sin ver, canturreando:

No hay quien pueda,
no hay quien pueda...

Otro salto y otro encuentro. En una taberna de falso estilo árabe. El apretón de manos. Buero, quizá más serio, más meditativo. Pero con momentos de una risa complicada con una especie de inspiración nasal. Alguien dijo que ya pintaba. Que escribía. Cosas de arte. ¡Ah, bueno! Pero en seguida vino *Historia de una escalera.*

En realidad, era lo mismo. El arte, la pasión, las gentes del pueblo de alrededor. La necesidad de comunicar con los demás.

JORGE CAMPOS